

# LOS SUCEOS

Suscripción en toda  
España, 5 pesetas al año.  
Idem en el Extranjero, 8 francos.

Toda la correspondencia  
debe dirigirse al  
Apartado de Correos, 347.

SIGUIENDO EL RASTRO

## ¿Por qué se mata á una mujer?

Una mañana del mes pasado, cuando las aceras de la calle de Alcalá en su primer trayecto próximo á la Puerta del Sol, se pueblan de ociosos y conquistadores, sonaron dos tiros en los altos del antiguo café de Fornos.

La gente se agolpó á la puerta, y poco después penetraba el Juzgado á levantar un cadáver y prender á un hombre.

Era éste D. Francisco Campoamor, un esposo desventurado y celoso que había tenido que matar á su propia mujer, arrebatado por un impulso trágico de cariño, cuando ansiando regenerarla, impetraba de ella amor y fidelidad.

¿Por qué llegó al crimen D. Francisco Campoamor, amando tan ciega é intensamente á su mujer?

Campoamor se da cuenta de ello hoy, que está en la Cárcel, á solas con su conciencia, y que separado del mundo, repasa la historia infortunada de su matrimonio, detalle por detalle, desde que conoció á Encarnación y se enamoró locamente de ella.

—Rico y feliz—dice en sus tristes monólogos en la prisión—, pude haber aspirado á un matrimonio ventajoso, pero mi corazón y mi voluntad quedaron enzarzados en las redes de aquella peñadora tan linda y retrechera.

Más de una vez mis padres me hicieron notar la aberración. Pero los hijos á cierta edad no vemos las cosas como son, y, Quijote del amor, como otros mil, sabiendo quién era ella, me lancé á la aventura de redimirla y elevarla á mi rango.

Se había apoderado de mi alma, que ya la entregué suponiendo que, por gratitud, sabría rodearla de respetos y dulzura, como yo procuraba rodear la suya.

Yo no quería ver nada. Algunos parientes y amigos me indicaron algo, pero yo ciego, seguí mimándola y gastando en sus caprichos de mujer vana y coqueta, mucho más de lo que mi hacienda me permitía.

En una ocasión, cuando para pagar 6.000 pesetas de unos coches de punto que yo había adquirido, logré tras infinitas é improbas amarguras, reunir esa cantidad, llegó ella y me exigió 500 pesetas para un capricho, descalabrándome la suma reunida y poniéndome al borde de la ruina.

No había manera de hacerla ver, que la mujer, como el hombre, deben sacrificar sus vanidades en momentos como ese, para salvarse de la miseria. Para ella no había más que lujos y placeres, así he gastado más de 40.000 duros en tan pocos años. Y encima aún parecía empeñada en ponerme en ridículo á los ojos de todo el mundo, desviándose de sus deberes, sin recatarse de nadie, ni aún de la mujer de un amigo nuestro, que advirtió ya la única vez que habló con ella ciertas demostraciones demasiado expresivas hacia su esposo.

He sido muy desgraciado... ¡Ojalá cuando sentí plaza de soldado y me fui á Cuba, me hubiera muerto allí!

No me vería ahora en esta situación

tan triste, ni hubiera sido mi existencia un constante martirio. Estoy agradecido á mis amigos. Todos han venido á verme. Esto es un jubileo. Todos se explican mi proceder al enterarse de que yo llevé allí á mi esposa, no para matarla, ni mucho menos, sino para que presenciara un trato sobre un negocio de dinero que iba á realizar con un amigo que habita en la calle del Marqués de Cubas.

Mientras éste llegaba, le expuse mi idea de llevármela á Buenos Aires, si me ofrecía ser buena, me contestó con un insulto tan grosero y mortificante, que ya me desbordé.

Cualquier hombre de dignidad, después de haberse arruinado y puesto en ridículo tantas veces por su mujer, hubiera obrado como yo.

He reproducido, sin darme cuenta, la escena final del "Juan José". Ya en otra ocasión hicimos ella y yo ese drama en una Sociedad Recreativa instalada en la calle de Gutenberg. Ella era la encargada del papel de Rosa y yo del de Juan José.

¿Quién nos había de decir, que andando el tiempo, aquella escena fingida, habíamos de reproducirla de verdad en los gabinetes de Fornos...

FEDERICO HERRERA

## La viuda trágica.

Madame Steinhell, conocida en un tiempo con el nombre de "Viuda trágica", fué, como recordarán nuestros lectores, la figura más saliente del misterioso crimen del Impasse Rosin.

El 31 de Mayo de 1908, se encontraron en su casa habitación los cadáveres de su marido y de su madre, y á Margarita Steinhell atada y amorozada en su lecho.

Sospechando fuera ella la causa del crimen, fué encarcelada, y después de vista la causa, fué puesta en libertad en Noviembre de 1909.

Después de olvidado el suceso, vuelve Mme. Steinhell á ser la figura del

día, al sólo anuncio de que va á publicarse un libro titulado "Reminiscen-



Madame Steinhell en traje de sociedad.

ces", y que se pondrá á la venta de un momento á otro.

Su nombre y el del ex presidente de la República, Félix Faure, anduvieron en su tiempo de boca en boca. Veremos lo que en las páginas del nuevo libro nos cuenta la "Viuda trágica".

## El colmo está de moda

NOSOTROS CULTIVAREMOS TAMBIÉN  
EL COLMO. VÉASE LA CLASE:

—¿En qué se parece un atropellado por un automóvil á un matador?

—En que le derriban por no cruzar á tiempo.

—¿Cuál es el torero más pegajoso?

—El que se pega á los costillares y no puede salir por "la cola".

—¿Cuál es el torero más luminoso?

—El que brinda al sol y sale por faroles.

—¿Cuál es el que más respeta la propiedad?

—El que no se mete en el terreno del toro.

—¿Y el más jurídico?

—El que entra por "derecho".

—¿Y el que utiliza todas sus estrecheces?

—El que da un pase con la derecha, otro con la izquierda y sale por pies.

## PUBLICACIONES

Segunda edición de la **Psicología del niño y Pedagogía experimental**.—Este libro, dedicado al problema más interesante que existe en el mundo contemporáneo, la instauración de una pedagogía racional, es un libro dedicado principalmente á los maestros y á los sociólogos, interesados en deducir una psicología de la infancia, que está realmente por hacer.

Este libro forma un volumen en 8.º, claramente impreso, que se vende á 3,50 pesetas en la librería de Francisco Beltrán, Príncipe, 16, Madrid y en todas las de España y del extranjero.



Madame Margarita Steinhell, en la cárcel.





Vista de pueblo de Buzina en el Ores.

## Los países desconocidos.

Hay en el Africa, al Sur de Argelia, una región sumamente pintoresca, que ofrece al curioso viajero tipos extraños, costumbres raras, paisajes originales, dignos de admiración.

Este país es el Aures ó Ores, en la provincia argelina de Constantina, en una de las ramificaciones del Atlas. Esta parte del territorio argelino, forma un cuadrilátero de unos cien kilómetros de lado, siguiendo la misma orientación de los valles y de las cadenas de montañas que los forman.

El aspecto del Ores, visto en un mapa, es el de una porción de líneas perfectamente paralelas, líneas formadas por las sierras y valles, líneas muy cercanas las unas de las otras, como los pliegues de una tela.

En invierno, durante tres ó cuatro meses, el Chella se halla cubierto de nieve, y á no muchos kilómetros, y casi sin perder de vista el blanco sudario de la sierra, se encuentra el viajero en pleno país tropical, en el desierto sembrado de frondosísimos oasis de cálida temperatura, sitio encantador para invernar.

La fuerza de las aguas han ejercido en todo aquel país una acción profundísima. Se han producido erosiones gigantescas; cantidades enormes de tierras han sido arrastradas al

fondo de los valles; la montaña, árida, rocosa, se alza verticalmente como esqueleto pétreo. En otros sitios, por el contrario, aparecen frondosísimos bosques, selvas de cedros que cubren los valles y las faldas de las peladas montañas.

Desgraciadamente, en algunos de esos bosques se observa un espectáculo curioso y triste. Los habitantes del

país dicen que sobre los cedros ha caído la maldición de Dios, y hay que ver la pena que causa cómo uno á uno van enfermando, perdiendo su follaje y quedar como gigantescos cadáveres de miembros retorcidos, formando selvas de árboles muertos, de árboles moribundos. La melancolía, la tristeza que inunda el alma al contemplar esos parajes, es enorme. Hacen la impresión de cementerios. ¡Miles y miles de árboles inutilizados!

Después, más abajo, encontramos, ya brillantes de verdura, pinos de Alepo, encinas, enebros y tuyas, y en la parte central de los valles, primorosos vergeles donde crecen con facilidad todos los árboles frutales de Europa.

Siguiendo camino del Sur, ya en los límites del Sahara, se encuentran preciosos oasis, donde cuarenta ó cincuenta mil palmeras reunidas, dan rica sombra y gran cosecha de dátiles.

A lo largo de las cimas escarpadas que bordean los ríos, se encuentran los pueblos y aldeas chaúyas, verdaderas fortalezas dominadas por una especie de castillo alto, de cinco ó seis pisos, en el cual cada familia tiene una habitación que les sirve de refugio en caso de guerra, y de granero y depósito de sus cosechas en tiempo normal. Todas las habitaciones están hechas con las piedras ex-



Casa chaúya, construída en una roca.

Ayuntamiento de Madrid



traídas de la misma roca en que se construyen, y como conservan su color natural, se confunden, desde lejos, con el terreno. Las azoteas están hechas de arcilla, y sirven para secar frutas y cereales, y hasta de eras para la trilla.

Este interesante país está habitado por los chauyas, que hablan un dialecto derivado del berebere. El chaya no se parece al árabe, su piel es más blanca y menos mate, y hasta se encuentran tipos de pelo rubio y ojos azules, y pretenden algunos que son descendientes de los libios primitivos habitantes del Africa septentrional. Las mujeres son de las más lindas de Africa, y apenas tienen moral alguna.

La raza ha degenerado bastante. Los hombres no son ya aquellos terribles guerreros que tan valerosamente lucharon contra romanos, vándalos, bizantinos y árabes. Su penúltimo soberano, Kocella, mató en singular combate al conquistador árabe Okba Ibu Nafi, y su última reina Kahena, mujer enérgica y valiente, venció al general árabe Hassan, en los llanos de Ain Beida, y se apoderó de Kairnan.

Su historia es curiosa.

Hija de un rey del Ores, Kahena, mujer bellísima, casó con un rey tirano, y nueva Judith, asesinó a su marido la primera noche de bodas, siendo aclamada reina soberana por los habitantes de la montaña. Marchó contra Hassan, le venció y trajo de los cam-



Muralla natural formando la entrada de una aldea del país de Ores, con escalinata tallada en la misma roca.

pos de batalla a un joven árabe de singular hermosura, y de quien hizo su querido, según unos, su hijo adoptivo, según otros.

Después de cinco años de paz, los árabes la atacaron de nuevo, y ordenó a sus súbditos que incendiaran todo. No quisieron sus guerreros seguir el consejo, la abandonaron y Kahena tuvo que refugiarse con algunos fieles amigos, es su último baluarte.

Su querido Kaleb, la traicionó, pasándose a los árabes y sirviendo de guía al ejército enemigo.

La valerosa mujer, aguardó el último choque, que fué terrible y sangriento. Vencida, fué decapitada, y su cabeza enviada como trofeo de victoria al califa Abd el Malek.

Con esta victoria de los árabes, terminó la independencia chaya.

El país está lleno de recuerdos históricos.

Cuando la guerra con Francia, el general Saint Arnaud, encontró una inscripción tallada en las rocas y admirablemente conservada, y que se conservaba desde hacía más de mil seiscientos años, pues databa de la época de Antonino Pío. Un destacamento de la sexta legión "ferrata", ó de hierro, había construido un magnífico camino en aquellos parajes.

Lástima es que un país tan lleno de encantos, que encierra tanto documento histórico, y con un clima delicioso, sea apenas conocido de unos pocos viajeros y curiosos turistas.



Ceres de Berbería.—Muchacha del país de Ores en las faenas del campo, a las que casi exclusivamente se dedican estas mujeres.



# La vida en broma.

¿SE PUEDE VIVIR?...

Estamos pasando por una serie de conflictos que ponen los pelos de punta.

Al encargarse del Poder Canalejas, recuerdo que todos suspiramos creyendo ver el cielo abierto.

—Este es el hombre que necesita España! Con éste y Vicente Pastor, nuestras desdichas se acabaron... ¡Viva Canalejas!... ¡Viva el "Chico de la blusa"!... ¡Gritamos todos llenos de entusiasmo.

Un estremecimiento de júbilo agitó nuestro sér. Por todas partes cundió la alegría y Alcoy se desbordó en manifestaciones de regocijo. Aquel día no se habló ni de crisis hasta bien entrada la noche.

Una Era de bienandanzas y de momios parecía iniciarse en España. Presentíamos la labor de Amalio Gimeno en esto de los momios.

Pero, ¡lo que son las cosas de la vida!... Desde entonces acá puede decirse que no hemos tenido hora ni moneda de plata buena. Todos los españoles, y yo el primero, nos hemos equivocado de medio á medio. La Era de venturas se ha convertido en una serie de calamidades, de la cual tenemos ya toda la colección.

Hemos sufrido guerras, revoluciones, huelgas, motines por Consumos, conflictos internacionales, aumentos en el tabaco y en el Presupuesto, créditos extraordinarios y descargos en la Hacienda pública, inundaciones y naufragios, choques de trenes y atropellos de automóvil; casos de cólera y de tifus; en fin, toda la gama de las desventuras humanas.

¡Hasta el cierre de los teatros!

Y el paso de Francos por la Alcaldía: y como si eso no fuera bastante, surge ahora la crisis del carbón, que para mí, y sobre todo en esta época de frios, es de las más tremendas que pueden presentarse.

Porque yo soy muy friolero, y además sé el mal rato que paso cuando en casa oigo decir á la muchacha:

—Mire usted, señorita, que se ha acabado el carbón!

De ahí deduzco la gravedad del problema para las naciones, y más para aquellas que, como España, Italia, Turquía, Francia, China y varias Repúblicas americanas, viven actualmente haciendo fuego y repartiendo leña.

¿Cesará con eso el fuego?... ¿Será la falta de carbón el motivo de que terminen esos ciscos internacionales?... ¡Dios lo quiera!

Pero lo cierto es que aquella ilusión



de tranquilidad y paz que habíamos concebido se ha disipado como la democracia del Gabinete canalejista, más que la sal en el agua. Y

que yo no sé á dónde vamos á parar con Canalejas y Romanones.

Uno y otro saben que andan mal, sobre todo el segundo, con tanta calamidad, parece á veces que tenga un contado los minutos, como en las con-



ferencias telefónicas, y exclama atribulado:

—¡Señor!... ¡Será tan corta nuestra existencia que no nos permitas ver la luz del nuevo día ó la luz eléctrica gratis en Madrid!... ¡Cosas ambas que están tan próximas!... ¡Yo no te pido, Señor, que me permitas ver terminada la Gran Vía ó la guerra de Marruecos!... ¡No! ¡Yo no te pido imposibles! Sólo te suplico que me libres de las calamidades que llueven sobre nosotros. Déjame ver nada más, en qué para esto de las conferencias entre García Prieto y Geoffray... ¡Medio siglo, aproximadamente!

Sin embargo, una cosa me consuela. Y es que á Canalejas, una vez realizado su programa, que ha consistido en la ley del Candado, la de las casas baratas (véanse los atrios de las iglesias y bancos de los paseos), el servicio obligatorio y el haber hecho diputado á Zancada, no se le puede pedir más.

Y, efectivamente, no le pedimos más que... ¡que nos dejen vivir!

F. ROIG BATALLER

## ¡Total... nada!

Yo tengo un amigo que da tal importancia á todo que muchas veces no hay modo de sufrirlo... ¡verá usted!

—Mira—me decía ayer en el Parque del Retiro—, Mira ¿la ves?...

—Hombre, miro, pero no sé qué he de ver.

—¡Fíjate!... No cabe duda; es ella... Ella, ¡sí tal!

¡Qué mujer!

—Pero hombre ¿cuál?

—¡De primera!... Pistonuda!

—¡Fíjate!... La que está enfrente de nosotros: ¡La más bella!

No hay duda, no hay duda. ¡Es ella!

—¡Caramba, qué impertinente!

—¿No ves á una señorita que va con otras seis más?

La que se queda detrás.

La que ríe... la que grita.

Aquella rubia preciosa con traje color salmón...

—Veo muchas que no son precisamente gran cosa.

—Pero, ¡si no tiene escape!...

—¡Si mejor que la señaló!...

¡Vamos, mereces un palo!

—Pégamelo, ¡qué carape!

—¡Claro está!... No hay quien no pierda la paciencia al verte así.

—¡Si está mirando hacia allí y es hacia aquí, á la izquierda!

—Aquella de talle esbelto

que se para y abanica

¡Fíjate, si es una chica

que trae á Madrid revuelto!

La que cimbrea y descuella

entre todas las demás

porque vale... vale más

pesetas que pesa ella!

La que ahora se ha parado

y saluda á un caballero,

que se ha quitado el sombrero

y que es calvo rematado.

—Que no la veo, te digo.

—Pero, chico, ¿estás en Babia?

A veces me das tal rabia

que no se puede ir contigo.

Mírala; se ha sonrojado...

¡Si es un ángel de candor!

¿Qué le dirá ese señor

que tanto la ha sofocado?...

—¿Sabes lo que digo?...

—¡No!

—Pues más torpe no lo he visto.

—Muchas gracias... ¡Adiós listo!

¡Caramba con el "gachó"!

—No hay calma que no se agote

con tu torpeza extremada.

—Pues, hijo... ¡no veo nada!

—¡Qué has de ver tú, monigote!

—No te exaltes, por Dios Santo,

porque lo que es yo bien miro.

—¡Vaya! ¡Te pegaba un tiro!

—¡Demontre! ¡No es para tanto!

—¡Se aleja!... Por Belcebú

que siento que no la veas.

—Y yo lo mismo, no creas.

Lo lamento más que tú.

Pero sepamos, ¿qué pasa

con ella... ¡Vamos á ver!

—Pues que esa hermosa mujer...

¡vive cerca de mi casa!

A. GUILUDE

## El cubismo.

El cubismo es el modernísimo arte de la pintura, que consiste en dibujar de cualquier manera, procurando que formen figuras geométricas, triángulos, cuadriláteros, polígonos, etc., líneas rectas, ángulos, cuadros.

Una vez terminado el cuadro, se le da el nombre que se quiere, y eso es todo.

El resultado es algo así como un mosaico hecho sin pies ni cabeza, no se ve nada, hay que adivinarlo, y si no le dicen á uno lo que es no lo entiende, y aún después de explicado tampoco.

Dicen algunos que es la pintura del porvenir.

¿Cómo decir que no? Lo único que podemos decir es que se van á divertir en el porvenir.

Damos á nuestros lectores la foto-



grafía de uno de los cuadros pintados por el futurista cubista Severini, para que juzguen del nuevo arte.

Que, ¿qué representa?

Para que no se rompan la cabeza, les diremos que es un salón de baile, la "Danza del Pan-Pan", como llama su autor al cuadro.

Hay que mirarlo con lentes, ¿eh?





## En busca de marido.

Pensando nuestra viuda á dónde iría  
En busca de marido cariñoso,  
Se embarcó para Europa cierto día  
Segura de encontrar un buen esposo.

A Escocia la llevó la suerte loca,  
Y allí encontró á Mac Ferson, guapo chico,  
Buen montañés, más fuerte que una roca  
Gran propietario, cariñoso y rico.

Ella era angelical; guapo el muchacho,  
Y así no ha de extrañarnos que al momento  
Amor hiciera que de un buen flechazo  
Se dieran alma, vida y pensamiento.

El flamante escocés se deshacía  
En mil galanterías y atenciones;  
Dió en su honor una regia cacería  
En sus vastas y hermosas posesiones.

Bailes, reuniones, fiestas y jarana  
Todo le parecía al hombre poco,  
Y la casa tiró por la ventana.  
El novio estaba enamorado, loco.

Te tengo una sorpresa preparada,  
Que la oirás al nacer mañana el día

Dulcísima, bellísima alborada.  
Le dijo.—¡Ya verás qué melodía!

Es afición que con amor cultivo.  
Yo el músico seré. ¡Verás que encanto!  
¡Qué variaciones del maestoso al vivo!  
No hay aire regional cual nuestro canto.

Temprano, al otro día, él muy vistoso  
Con el traje escocés, la gaita al hombro,  
Condujo á la viudita al bosque umbroso,  
Que le miraba atónita de asombro.

Sopla el mozo con fuerza, y el roncón  
Lanza gangosos, lúgubres sonidos,  
Chilla la gaita con punzante son,  
Y la viuda se tapa los oídos.

El no nota el efecto desastroso  
Que en la viuda ha causado, y zalamero:  
—¿Cuándo—le dice—, podré ser tu esposo?  
—Cuando me quede sorda, Don Gaitero.

FERS



# EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"

permítame que le pregunte si ha leído los periódicos de la mañana.

Le miró con cierta sorpresa antes de contestar. — ¡Los periódicos! — repitió. No, no los he leído aún. ¿Qué tienen que ver los periódicos con el caballero por quien pregunto?

El empleado le indicó un cuartito independiente, y añadió:

— ¿Quiere usted tener la bondad de entrar aquí un momento?

La dama dió una patadita de impaciencia en el suelo. Miró a todos con extrañeza. — ¿Por qué me miran tanto? — se dijo.

— ¿Para qué entrar ahí? — exclamó en voz alta. — ¿No se me puede contestar aquí mismo?

— Se lo suplico, señora, pase usted — insistió el otro.

Se encogió de hombros con displi-cencia, y entró. La mirada y el tono suplicante del empleado, la convencie-ron. Ocurría algo, no cabía duda.

— Señora — continuó el otro, una vez en el cuarto. — Un señor Hamilton Fynes, que venía en el "Lusitania", tenía pedidas habitaciones en este hotel, pero ha ocurrido una desgracia en el camino de Liverpool a Londres.

Al momento, la dama cambió de ap-titudes. Comprendió que algo grave ocurría; abrió la boca, arqueó las ce-jas y musitó una palabra: — ¡Una des-gracia!

El encargado del hotel le acercó un sillón, y la joven se dejó caer en él.

— Señora — continuó —, ha sido una desgracia horrible. Espero que el se-ñor Fynes no era un pariente muy cercano de la señora. Creo que lo me-jor será que lea usted los periódicos.

Colocó un diario en sus manos; leyó las primeras líneas, y se la vió ponerse pálida, amarilla, lívida. Estaba aterro-rizada.

Sin embargo, si él hubiera sido hom-bre capaz de analizar las emociones, hubiera podido ver que la que embar-gaba a la dama no era una verdadera emoción de sorpresa.

— ¡Asesinado! — exclamó. — ¿Es posi-ble?

Parece que es completamente ver-dad. Las últimas ediciones confirman el suceso, y no hay duda sobre la iden-tidad de la víctima. El capitán del "Lusitania" lo ha confirmado, y varios pasajeros han declarado ya.

— ¡Asesinado!, ¡asesinado! — repetían temblorosos sus pálidos labios. — ¡Qué muerte tan trágica! ¿Y no hay idea de quién haya podido ser el asesino?

— ¿Han detenido a alguien?

— Hasta ahora no se sabe nada. To-do ello es un misterio. El suceso es de lo más misterioso que se puede dar. Siga leyendo la Prensa y se conven-cerá.

Quedó callada algún tiempo, pero sin abatimiento visible. Volvió a co-ger el periódico y a oíjearlo de nuevo. El diario traía dos columnas de infor-mación sobre la misteriosa muerte de Mr. Fynes.

— ¿Dónde puedo leer esto tranquilamente, sin que se me moleste?

— Aquí mismo — contestó el emplea-do. — Yo tengo que retirarme porque están llegando viajeros. ¿Quiere usted tomar algo?

— Nada, mil gracias. No quiero sino leer esto a solas.

Salíó del cuarto y cerró la puerta. La joven se quitó el velo y extendió el periódico ante su vista. Allí venía toda la tragedia, con toda clase de detalles, declaraciones de los pasajeros y empleados del tren; una carta del ca-pitán del trasatlántico, etc., etc.

De todo ello resultaba que se sabía muy poco de nada del Sr. Hamilton Fy-nes. A bordo había piquísimo y con-ntadas personas. Subía muy rara vez sobre cubierta, y permanecía lar-gas horas encerrado en su camarote.

El capitán no sabía que tal persona-

je iba en su barco, hasta el momento de la llegada en que le había entre-gado una carta del director de la Com-pañía, en la que se le ordenaba que se obedeciera y cumpliera cuanto dijese el Sr. Fynes. El jefe de estación no sabía tampoco gran cosa, como no fue-ra lo de la segunda carta, en la cual un alto personaje, a quien nada se le podía negar, mandaba que se hiciese lo que el desconocido personaje exigiese.

Ni un solo pasajero a bordo del "Lu-sitania", sabía quién era, ni en qué se ocupaba el misterioso personaje.

Se habían puesto varios telegramas a Norte América, pero todos ellos ha-bían quedado sin contestación.

Se suponía que le habían robado va-lores ó papeles de importancia, pues el forro de la chaqueta estaba descosido en uno de los lados, pero no había el menor indicio de la clase de papeles ó documentos robados, nada en fin, de la historia y vida del muerto. Había que esperar noticias de América para saber algo.

La joven lo leyó todo, línea tras línea.

Cualesquiera que fuesen los lazos de amistad ó parentesco que ligaban a la joven y al muerto, eran suficientes para hacer temblar de horror a la ele-gante dama; pero sus ojos permane-cieron secos. Ni una sola lágrima rodó por sus mejillas.

Estaba, en efecto, más aterrada que apenada, y una vez pasada la primera impresión, su mente parecía preocupa-da con pensamientos que se relaciona-ban más que con la tragedia, con ella misma.

Durante largo tiempo, permaneció sentada, con las manos sobre la mesa y la mirada fija en los cristales de la ventana. Al cabo de algún tiempo se levantó y abrió la puerta. Uno de los empleados del hotel hablaba con dos ó tres compañeros, y el tópico de la con-versación era ella, sin duda alguna.

Al abrir la puerta, cesó la conversa-ción, como cortada por un hachazo, y uno de los del grupo quiso acercarse a ella, pero el empleado se interpuso y casi a la fuerza le hizo retroceder dos pasos y entró de nuevo en el des-pacho.

— Señora —, la dijo — uno de esos se-ñores viene de Scotland Yard, y los otros son periodistas. Todos ellos quieren hablar con usted y saber algo del Sr. Fynes. Quieren preguntarle a usted algo.

— Pues le suplico a usted que tenga la bondad de decirles que no sé nada sobre ese asunto. Comuníquese, se lo ruego.

El empleado pareció no darse por sa-tisfecho.

— Mire, señora — añadió — creo que no se contentarán con eso; son muy ter-cos.

— Pues yo no puedo hablar de lo que ignoro — contestó un tanto molesta.

— Naturalmente, señora; sin embar-go, no dejará usted de comprender que los señores de Scotland Yard tienen ciertos privilegios, y que hay cosas que no se les puede negar, y como saben que iba usted a almorzar con el señor asesinado...

— Bueno, hablaré con él y más si me ayuda a librarle de los reporters; no quiero nada con ellos.

El empleado salió, habló con los del grupo, y la robusta figura del inspector Jacks, se adelantó, y acercándose a la puerta del escritorio, llamó.

Al momento se abrió ésta y el po-licia entró.

— Señora —, dijo dirigiéndose a la da-ma —, tengo entendido que era usted amiga del Sr. Fynes.

— Amiga, no; conocida — replicó.

— ¿Usted se llama?

— Me apellido Morse, mi nombre es Penélope.

— Usted iba a almorzar con Mr. Fy-

nes — siguió diciendo el inspector —. ¿Cuándo recibió usted la invitación?

— Ayer mismo, por un radiograma desde Queenstown.

— Usted podría, sin duda, darme algu-nos pormenores del difunto; algo sobre su posición social; algo de los motivos que le han inducido a venir por Eu-ropa.

La joven sacudió la cabeza y dijo:

— El Sr. Fynes y yo nos tratábamos bastante. Hace algunos años nos cono-cimos en París, y el Otoño pasado, es-tando él aquí, comimos juntos un par de veces.

— ¿Y antes de recibir el radiograma, no había usted recibido carta de él? — preguntó Jacks.

— En la vida he recibido carta algu-na de ese señor.

— ¿Y no sabe usted nada del objeto de su viaje a Inglaterra?

— Absolutamente nada —, respondió la dama.

— Vamos a ver, señora. ¿En qué se ocupaba cuando estuvo aquí última-mente?

— Lo ignoro.

— ¿Y no podría usted darme sus se-ñas en los Estados Unidos?

— Imposible. Como acabo de decirle, jamás he tenido carta de él.

— Muy bien; pero alguna vez, en Pa-rís, por ejemplo; hablaría algo de su profesión, de lo que hacía, en qué em-pleaba el tiempo. Algo, vamos.

— Jamás me habló de esas cosas — re-plió la muchacha —, nunca me dijo lo que hacía, lo que había hecho, ni lo que iba a hacer.

El inspector estaba perplejo, corta-do. No creía una palabra de lo que Miss Morse le decía.

— Quizás — dijo — usted no querrá ver su nombre salir al público mezclado con un suceso de esta índole.

— Naturalmente —, replicó la joven; — pero eso no sería obstáculo para que yo le dijera cuánto supiera si en rea-lidad lo supiera. Ya veo que usted no me quiere creer; pero yo le aseguro que no sé nada de ese caballero.

El policía quedó por un momento pensativo, y después continuó:

— De manera, señora, ¿que no puede usted ayudarme en nada?

— Creo que no.

— Es probable —, continuó diciendo el inspector —, que cuando lo haya usted pensado, se le ocurra algo. ¿Tendría usted inconveniente en darme sus se-ñas?

— Por ahora, me tiene en el Palacio Darenham.

— Escribió las señas el agente, y aña-dió:

— Es probable que dentro de poco tenga la honra de visitarla, y quizás para entonces recuerde algún detalle que nos pueda interesar.

Entonces ella se volvió, y dirigién-dose al empleado le dijo:

— ¿Hay alguna puerta por donde pueda subir y evitar el interrogatorio de los periodistas? No tengo nada que decirles, y estoy tan emocionada con la desgracia, que deseo retirarme.

— Sí, señora; sígame, yo le indicaré otra salida.

No pudo, sin embargo, evitar que dos de los reporters más decididos la in-terrogasen.

— No me pregunten ustedes nada, pues nada les puedo decir. El Sr. Fynes y yo apenas nos conocíamos. Es ver-dad que venía a almorzar con él sin sa-ber lo que había ocurrido. ¿Qué sor-presa tan horrible! Déjenme en paz que no quiero hablar de tan triste suceso, a lo menos por ahora. No quiero es-cuchar más, ni responder palabra.

Hizo que la trajeran un automóvil, dió las señas al chauffeur, y desapa-reció.

El del hotel regresó a su pupitre. En la oficina estaba el inspector Jacks.



—Ese Sr. Fynes—dijo al policía—, me parece que era un sér enigmático. Nadie sabe nada de él. La última vez que paró aquí, nadie venía á verle, se pasaba las horas muertas en su cuarto ó en el salón.

—Sí, sí, indudablemente era un hombre muy suyo—asintió el inspector—. Los yankis suelen ser, sin embargo, aficionados á hablar de ellos mismos y de sus asuntos.

—Me parece, inspector, que le va á costar desenredar la madeja.

—Es un caso muy interesante, no hay por qué negarlo—, replicó el agente—; especialmente, cuando nos consta que iba á almorzar con una señorita tan discreta como Miss Morse.

—¿La conoce usted?—preguntó con interés el dependiente.

El inspector parecía interesadísimo en estudiar los dibujos de la alfombra, y sin mover la cabeza, respondió:

—No, no se puede decir que la conozca. Y á propósito, qué señas tan raras nos ha dado.

—Palacio de Darenham—dijo el empleado—. ¿Quién vive allí?

—El duque de Darenham. Es verdaderamente interesante esa señorita. Estoy pensando en lo que hubieran hablado el muerto y Miss Morse, si llegan á almorzar juntos.

El escribiente abrió los ojos y la boca, asombrado, como quien oye decir un colosal absurdo.

No alcanzaba á comprender la observación.

#### IV

##### CONVERSACION INTIMA

Pronto se dió cuenta Miss Morse que el automóvil en que iba era seguido de otro.

Entonces, por medio del tubo acústico, habló con el conductor y dió una nueva dirección.

—Chauffeur, antes de ir al Palacio de Darenham, lléveme á los almacenes de Harrod.

Después se puso á mirar por el ventanillo del testero, examinando la persecución de que era objeto.

A lo largo de Pall Mall, el automóvil en que iba, ganó una buena distancia á sus perseguidores, pero ya en el Parque, los dos automóviles, sin tener en cuenta las ordenanzas de la policía, cruzaron varias sendas y la alcanzaron; pero de nuevo, al salir del Hyde Park, volvió á ganarles gran ventaja, y cuando su automóvil se paraba á la puerta de los almacenes de Harrod, los dos vehículos que la perseguían, habían desaparecido. Saltó del auto y pagó espléndidamente al conductor. Más de doble.

—Si alguien le pregunta algo—le dijo—, dígame que le he dado orden de esperar. Se queda aguardando un rato y luego puede irse.

El chauffeur saludó y cumplió sus instrucciones.

Miss Morse se metió por el laberinto de los inmensos almacenes, con la soltura y confianza del que conoce muy bien el lugar. No se detuvo delante de ningún mostrador. En menos de dos minutos había salido del edificio por otra puerta, se había metido en otro automóvil, y deshacía parte del camino andando hacia Pall Mall.

A los pocos minutos se paraba á la puerta de uno de los Clubs más elegantes de Londres; sacó una tarjeta, escribió en ella algunas líneas, y se la entregó al conserje, diciéndole:

—Tenga la bondad de ver si está en la casa este caballero, y si está, decirle que salga á hablarme. Le espero en mi automóvil.

Regresó al vehículo y esperó. Cinco minutos escasos habían pasado. Por la puerta del Club aparecía un joven al-

to, ancho de espaldas, con la cara afeitada, y andando como un atleta, llevando en su mano un sombrero flexible.

En cuanto abrió la boca, se vió por su acento, que era yanki.

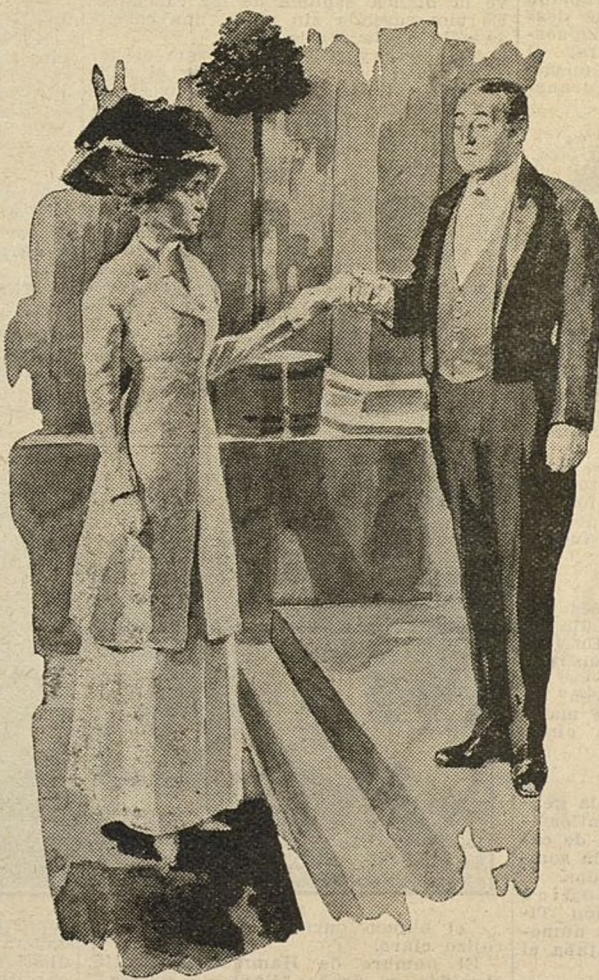
—¿Penélope!—exclamó—. ¿Cómo tanto bueno por aquí?

—Mi querido Dick—contestó riendo.

—¿Qué asombro tan grande. Ya sé que no está bien que una señorita venga á buscar á un muchacho á su Círculo, que hubiese sido más correcto enviarle un recado. Desde luego confieso que eso está en oposición con las rancias costumbres de esta vieja Europa, pero cuando yo te haya indicado lo que me trae aquí, quizás lo encuentres justificado.

—Siempre me alegro mucho de verte, sea donde quiera. Supongo que no me traerás malas noticias.

—Nada que nos alcance directamente—replicó—quiero simplemente que



... escribió en ella algunas líneas, y se la entregó al conserje, diciéndole:

hablemos un ratito en privado. Entra en el auto en seguida, y vámonos á dar un paseito.

—Pero si tengo arriba una partida de tresillo. ¿Cómo la dejo?

—Pues no hay remedio—continuó ella—, lo que te tengo que decir es mucho más importante que una partida de tresillo. No seas tonto ni descortés, Dick. Tienes hasta el sombrero en la mano, conque sube al momento y siéntate á mi lado.

Dudó unos instantes y al fin cedió. Dieron unas señas al chauffeur, y partieron.

Ya en marcha, la joven se volvió hacia su compañero, y le preguntó:

—Oye, Dick, ¿tú lees los periódicos?

—No con mucha regularidad—respondió—. Leo un diario de Nueva York, pero no puedo con los periódicos ingleses, parece que hay que adivinar las noticias, son un tanto confusos.

—Pero te habrás enterado del asesinato ese en un tren; de uno que venía en tren especial desde Liverpool.

—Sí, sí; no hace mucho que lo he leído—, replicó demostrando mayor interés—. ¿Y qué?

—Pues mucho—contestó pausadamente—. Mucho. En primer lugar, el muerto, Mr. Hamilton Fynes, era de un pueblecillo de Massachusetts, donde yo me crié, y le conozco mucho mejor que nadie en Inglaterra. Lo que yo sé de él, quizás no sea mucho, pero por lo menos es muy interesante. Hoy iba á almorzar con él en el Hotel Carleton, á donde fui con ese propósito, porque yo, como tú, rara vez leo estos periódicos ingleses. Pues bien, allí he ido, y aguardado largo tiempo, y viéndolo que no venía, he preguntado en el despacho del encargado. En el momento de pronunciar el nombre de Fynes, se han quedado todos como si estallara una bomba. El empleado me llamó aparte, y me enseñó un periódico. No había hecho más que leerlo, cuando se presentó á mí para interrogarme un inspector de la Scotland Yard, y desde entonces me sigue la policía y los repórteres.

El joven escuchaba con atención é interrumpió diciendo:

—Bueno, Penélope, dime quién era ese señor, y qué motivos había para que comierais juntos.

—Eso no debe importarte—contestó Miss Morse—. Tú no me cuentas á mí tus secretos, señor Dick Vanderpole, y por consiguiente, yo no tengo la obligación de contarte los míos. El pobre hombre, de todas maneras, ya no volverá á almorzar conmigo, ni con nadie. ¿Qué te parece, que soy indiscreta?

—No; estaba pensando en la clase de persona que sería ese Fynes; pero eso, como acabas de decir, no me importa. ¿Has leído algo más?

Ya te he dicho que yo no leo periódicos. Aquel lo leyó porque me lo dieron en el Hotel.

—La Asociación de la Prensa ha teleografiado á América, pero nadie puede dar razón del muerto. La carta que enseñó al capitán del barco era del presidente del Consejo de Administración de la Compañía, y la que presentó al jefe de estación de Liverpool, de la persona que más influencia tiene en los ferrocarriles del mundo entero, se puede decir. Mr. Hamilton Fynes debía estar bien relacionado.

Lo que era curioso, es que en ninguna de las cartas decía una palabra sobre sus asuntos ni sobre los motivos que le traían á Europa, solamente se hablaba del Sr. Fynes "portador de ésta". Nadie sabía nada; pero creo, en efecto, que tú sabes más que todos.

—Lo que yo sé—, replicó la muchacha—, ó á lo menos, la mayor parte de lo que sé, te lo voy á decir. Hace unos años, el muerto era empleado del Gobierno en Washington. Era formal y muy inteligente. De vez en cuando nos escribíamos. Un buen día se presentó en Londres repentinamente, y me dijo que venía por asuntos de negocios, y cualesquiera que fueran éstos de aquí fué á Berlín, de Berlín á San Petersburgo, y de la capital de Rusia regresó de nuevo á Berlín. Durante aquel viaje le ví muy á menudo.

—Demasiado á menudo, por lo que veo—, replicó con mal tono el joven. Miss Morse soltó la carcajada, y le dijo:

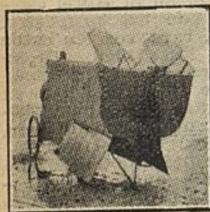
—No seas celoso, tontín. Tú eres un Don Juan, un enamorado constante, pero ya sabes que ni tú ni yo tomamos eso por lo sentimental.

—¿Por qué no?—replicó—siempre hemos sido buenos amigos y nos quedaremos bien.



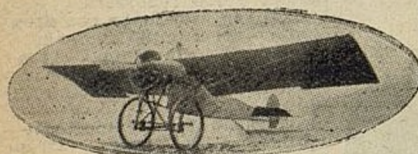
# COSAS RARAS Y NUEVAS

Los grabados que ilustran estas líneas, son reproducción de una novísima.



## NUEVO AEROPLANO

ma máquina voladora destinada al Ejército Inglés. En uno de ellos vemos el aeroplano con sus alas desplegadas, dispuesto a lanzarse al aire, y en el más pequeño el mismo aparato plegado para poder ser trans-



portado con facilidad de un punto a otro.

Con objeto de obtener el menor peso posible, el aeroplano está fabricado, en su mayor parte, de madera, y de tal manera acondicionado, que en sólo tres minutos queda el aparato armado y dispuesto para la aviación, y en cinco se puede plegar perfectamente, haciendo que ocupe muy poco lugar.

Con esas condiciones de poco peso y poco volumen, queda resuelto uno de los principales problemas de los aeroplanos, pues éstos eran grandes inconvenientes como máquinas de guerra.

Con la civilización, los japoneses van teniendo la vida más cara de día en día. Lo mismo que en Madrid. En 1900 una medida de patatas costaba un real, y hoy ya vale el doble.

Las criadas ganaban un "yen" al mes, y hoy día, como nuestras maritornes, piden cuatro y hasta cinco duros.

Hace ciento quince años que la gente civilizada conoce la fea y antiestética prenda de cabeza llamada sombrero de copa.

## EL PRIMER SOMBRERO DE COPA

El periódico "The London Times", en su número de 16 de Enero de 1797, relataba el siguiente suceso:

"Juan Hetherington, dueño de una mercería, fué conducido á presencia del alcalde, por haber promovido gran escándalo en las calles de Londres, y fué condenado á pagar una multa de £ 500 (Ptas. 12.500).

Hetherington, con la evidente intención de asustar al vecindario, se presentó en la vía pública llevando en la cabeza un sombrero alto, cilíndrico, forrado de seda reluciente, cuya vista mareaba.

Según declaración de los alguaciles, muchas mujeres se desmayaron al verlo, los niños lloraban asustados, se produjo el pánico, y en la confusión armada, uno de los hijos de Mr. Tomás Currier, cayó al suelo, fué atropellado, y resultó con el brazo roto."

Con un impuesto así, sobre tan ridículo cubrecabezas, se podrá suprimir el impuesto de inquilinato.

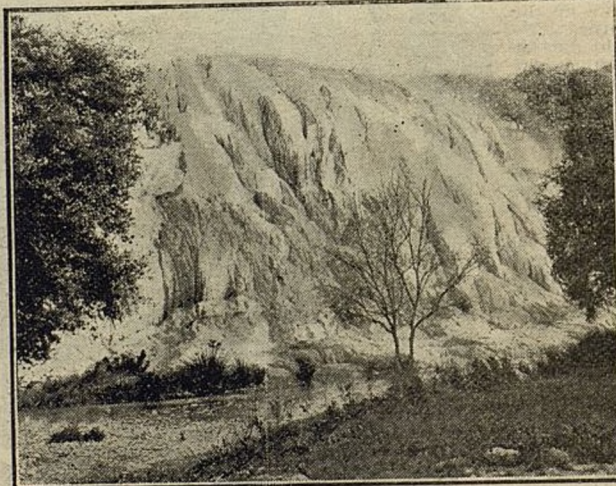
Edison posee una fortuna de más de un millón de duros.

En el camino de Constantino á Bara se encuentra en su majestuosa inmovilidad una cascada petrificada.

## CASCADA PETRIFICADA

El aspecto de esta maravilla es la de una gran catarata violenta, donde el agua se rompe en mil chorros buscando el suelo, pero el silencio, el murmullo del agua, el chasquido de las capas líquidas al chocar unas con otras, No se oye el menor ruido, ni se ve la blanca espuma de las cascadas. Es una cascada sin agua, una cascada sólo en la forma.

Allí no hay más líquido que el del agua cristalina que corre por el verde valle al pie. La cascada en sí, es una cascada muerta. Los manantiales termales de Hamman Meskutín, ya conocidos de los romanos, eran y son aún bastante abundantes. El agua brota de la colina á una temperatura elevadísima, á 95 grados, calentada en las misteriosas entrañas de la tierra, y á su salida dejan escapar columnas de vapor acuoso. Al enfriarse depositan los carbonatos de cal que contienen en disolución, y estas capas calcáreas que conservan su molde líquido, se han acumulado incesantemente al través de los siglos dejando huellas variadas, surcos, escalones, masas lisas que varían en colorido, des-



de el blanco purísimo y brillante, al rojizo claro.

El nombre de Hamman Meskutín, significa en árabe "Baño de señoras" y la leyenda dice que la cascada petrificada es un castigo de Dios á una tribu impía cambiando en piedra á las mujeres, que por la noche vuelven á tomar su forma humana.

Ningún verdadero creyente se acerca á aquellos parajes una vez cerrada la noche, por miedo á convertirse en un pedazo de carbonato de cal.

Los europeos, malos creyentes, se acercan de día y de noche, y hasta sacan fotografías de aquellos lugares encantados.

El diario francés "Excelsior", tiene como parte de su programa la protección de los animales, mejorar la suerte del caballo mártir, y de acuerdo con la Sociedad Protectora de los

## LA PRENSA POR LOS ANIMALES

animales y de la Liga de protección al caballo, va á llevar á cabo un fin benéfico para esos mil animales.

Desde el día 1.º de Marzo, se distribuirán diplomas y premios de cinco francos, á los cocheros y carreteros que tengan el caballo mejor cuidado, mejor enjaezado y sin orejeras.

Para llevar á cabo esta hermosa idea, cierto número de redactores del periódico parisién, acompañados de inspectores de las líneas de protección, recorrerán las vías de París, y recomendarán á todos los conductores que reúnan las condiciones indicadas.

El citado periódico acepta donativos que serán destinados al mismo fin.

No tenemos la menor duda de que este sistema emprendido en París, dará resultados mucho más satisfactorios que los del célebre bando de nuestro ex alcalde y periodista.

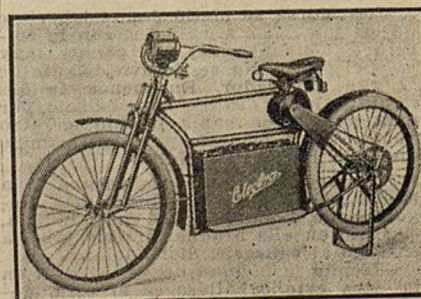
Presentamos la fotografía de una nueva bicicleta eléctrica, que por el momento es un lujo caro, pero que, como sucede con todo, abaratará dentro de poco.

Por el momento, es difícil de conseguir una por menos de mil pesetas.

La máquina se compone principalmente de una bicicleta de fuerte construcción y lleva debajo del sillín un pequeño motor especial. La transmisión entre el motor y la rueda se ce por medio de una cadena y una rueda dentada, y el motor se regula por un interruptor colocado en uno de los mangos. La rotación de éste abre ó cierra la corriente, aumentando la velocidad, disminuyéndola ó parando á gusto del ciclista, pudiendo obtenerse velocidades de seis, veintiuno y cincuenta y seis kilómetros por hora.

Como puede verse por el grabado, la bicicleta no tiene pedales, y puede soportar un peso de 300 por 100. La bicicleta puede subir cuestas muy pendientes y se puede enganchar á un cochecillo, sirviendo de remolque.

Los niños que van á la escuela en Australia, no pagan nada en los tran-



vías. Las empresas tranviarias tienen la obligación de llevar y traer de balde á los jóvenes escolares.